

# LA MUJER BARBUDA

Suplemento cultural de La Voz del Tajo. Nº 8. 28 de julio 1984

## SUMARIO

- Entrevista con Angel Vaquero (pág. I)  
Dámaso Alonso, visto por Joaquín Benito de Lucas (pág. II)  
La obra y su hombre, por Juan C. Valera (pág. II)  
Los folletines de La Voz del Tajo (pág. III)  
Comic, por F. Blázquez (pág. IV)

Angel Vaquero, una buena "invención" de Pessoa en la Mancha

## Un pintor entre la constancia y una pereza productiva

Angel Vaquero vive en el número 48 de la calle del Doctor Bonardell, en Alcázar de San Juan. Huérfano de padre desde los 4 años, comparte, con su madre, un caserón, producto más o menos típico de la tierra. Alterna obligadamente su vocación de pintor con una "pessoana" profesión de contable en la Imprenta Mata de Alcázar. Es el superbenjamín de cuatro hermanos, siendo el único varón. El segundo piso de su considerable inmueble está ocupado por sus útiles de pintura, sus libros, su equipo de música, sus piezas arqueológicas (véase LA VOZ DEL TAJO de 4 de julio). Después de mostrarnos el taller y comentarnos que su obra está hecha de pereza y constancia, y pasar por un dormitorio y un vestíbulo atestados con sus obras cuidadosamente enmarcadas, nos sentamos, reconfortados por la bondad del artista y por el encanto de sus realizaciones, en una banca madrileña que preside el espacio de una pequeña habitación, repleta también de lienzos inacabados. De una de las paredes cuelga un espejo que podría ser valenciano. Un botijo de cerámica esmaltada está justo en el centro de una mesa camilla con tapete de ganchillo. Dos sillones de mimbre, pintados de blanco, con cojines de lana de colores, flanquean la confortable banca. En nuestro frente se aposenta un delgado mueble lacado, lleno de pequeñas cerámicas, esmaltadas como el botijo, y a su lado se yergue un perchero que parece empeñado en saludarnos por el efecto de la inclinación de los dos sombreros de fieltro que sostiene. Realizamos esta entrevista al amor de unos perentorios botellines de cerveza, bajo pequeños dibujos suspendidos sobre nuestras cabezas, entre lienzos medianos de un colorido y composición arrobadores.

LA VOZ DEL TAJO.— Ya sabemos que es compatible trabajar de contable en una oficina y realizar la más "estelar" obra plástica, al mismo tiempo. Pero, ¿tiene esto algo glorioso?

ANGEL VAQUERO.— Si hay algo o no de glorioso en esto, no tengo ni idea. Trabajar en una

oficina, lógicamente para un artista deviene de la necesidad económica. De todas formas, realizando este prosaico oficio, siempre se evade uno con la imaginación. Sí me gustaría, claro está, cambiar a una profesión más creativa, o pedir excedencias de vez en cuando o algo así. De

todos modos, el tema de buena parte de mis cuadros ha partido de este hecho. Por otra parte, tengo amigos que dicen que si no fuera porque trabajo desde hace mucho tiempo en la Imprenta Mata, posiblemente no me hubiese dedicado a pintar. Lo que haya de cierto en esto, ni yo ni

nadie lo sabe. Quizá, eso de someterme a un horario y a un tipo de ocupación "remunerada", pero aburrida, dé más fuerza, supongo, a mis deseos de pintar.

L.V.T.— ¿Cómo se encuentra Angel Vaquero más cómodo, ante los grandes o pequeños formatos?

A.V.— Evidentemente, se controla más realizando trabajos pequeños, pero donde hay más posibilidad es ante las grandes dimensiones, aunque, tal vez, el resultado sea de peor calidad; pero, lo pasa uno mejor. Realizar exclusivamente pequeños formatos es, a mi juicio, y en cierto sentido, someterse a un juego menor. En general doy importancia al formato. Estudié el tema de los "números de oro", me interesó y lo he aplicado a mi obra.

L.V.T.— ¿Es realmente difícil, como tanto se dice, la relación entre pintores?

A.V.— Hay redécillas absurdas, que no me explico. Yo me llevo bien con los demás pintores de Alcázar. Quizá para bien, algunas veces reñimos, aunque sin ninguna consecuencia o trascendencia posterior; esto, creo, está generalizado. Lo que ocurre entre nosotros es que no media en nuestra amistad ninguna guerra económica y pienso que, por ahí, pudieron venir follones.

L.V.T.— ¿Te interesan los manifiestos, estás adherido a alguno o vas por libre?

NO ME IMPORTA,  
EN ABSOLUTO,  
COPIAR

A.V.— Ahora mismo voy por libre. Siento curiosidad por las últimas tendencias; la postura de la adhesión a los postulados creo que ya está "demodé". En la dictadura tuve un pequeño compromiso político. Me gusta informarme, eso sí. No me importa, en absoluto, copiar. Pintar el último cuadro significa, para mí, la cima de la evolución o la cresta de la ola de toda la obra pictórica, desde el Renacimiento hasta las últimas tendencias. Lo que salva un cuadro es la personalidad que tú le imprimas. Por otra parte, hoy da igual pintar bien que pintar mal, pues los montajes son ficticios, consumistas, ocultándose deliberadamente las esencias del arte. Los ambientes superficiales es lo que más interesan.

L.V.T.— ¿Tú crees que en una muestra de pintura mediterránea tendrías el derecho a ser incluido? Lo digo para que opines de la mediterraneidad de los pintores españoles, aun los del interior.

A.V.— Las etiquetas me dejan frío. De todas formas, he aprendido, como todos, de la vasta cultura mediterránea. Además, hoy se viaja mucho. Nueva York es Europa y gran parte del arte que sale de allí es de origen netamente mediterráneo e incluso europeo. Las nuevas formas, en pintura, se proyectan desde España. Madrid es uno de los más importantes centros

les en la actualidad

(pasa a pág. IV)

# Dámaso Alonso, poeta del 27 y de la primera generación de la postguerra

Dámaso Alonso, poeta considerado como de la Generación del 27, es uno de los componentes de ese grupo que primero publica. En 1921 aparece su libro *Poemas puros. Poemillas de la ciudad*. Es el mismo año que García Lorca da a la imprenta su *Libro de poemas* y un año después de e que apareciese el *Romancero de la novia* de Gerardo Diego. Pero Dámaso Alonso es el único que guardará después, durante años, un profundo silencio. Así fue. Desde la entrega *El verso y el viento*, en 1925, hasta *Oscuro Noticia e Hijos de la ira*, ambos en 1944, median nada menos que diecinueve años. Diecinueve años de meditación y recogimiento mientras la Historia iba escribiendo con sangre algunos de los hechos más trascendentes de la primera mitad del siglo: la guerra civil española, la segunda guerra mundial, y, como consecuencia de la una y la otra, la crisis más profunda de todos los valores del hombre actual. Durante ese tiempo, nuestro poeta no permaneció inactivo. Dámaso Alonso es una

de las personalidades literarias más ricas y variadas de los últimos años de la vida española. Filólogo, medievalista, maestro de crítica literaria, durante esos años el Dámaso poeta vivió encerrado y protegido por el armazón de conocimientos científicos que después ha ido vertiendo no sólo en escritos, sino de viva voz en múltiples conferencias dentro de todo el mundo culto tanto europeo como americano y, sobre todo, en sus clases de la Universidad madrileña.

Pero junto a su vocación de profesor está la de poeta. Desentumecedor de *ismos* cuando se hubiera podido pensar que su obra lírica, apenas iniciada, estaba ya concluida, surge en los años cuarenta con unas maneras poéticas que nada tenían que ver con su primer libro ni con los de sus compañeros de generación. Dámaso Alonso entró de lleno en lo vital de la existencia de la vida española de postguerra con una fuerza tal que marcó, junto con Vicente Aleixandre, el devenir de la lírica en años sucesivos. La angustia de lo real, la desesperación del hombre moderno encerrado en una civilización deshumanizada, rompían sus versos violentamente. Gran parte de los poemas de su libro *Hijos de la ira* tienen ese desgarramiento brutal del hombre con su realidad, en el que el poeta se toma y ofrece como víctima expiatoria, como ofrenda del holocausto para compensar la crueldad del mundo.

La experiencia del poeta, saturada de una cruel realidad, tiende a manifestarse con desesperación, pero con profundo amor hacia los demás. Su visión de este mundo cruel, lleno de atrocidades, encuentra desahogo en esa pasión que el lenguaje comunica con un tono de inconformismo y, a veces, hasta con un cierto ataque expresivo. Sus versos de jargo vuelo, sus versículos quebrantados por una sintaxis nerviosa y desconcertante, se convierten en gritos de desesperación, en llamadas de auxilio o en voces de denuncia. Poesía, pues, en total desarraigo que para expresarse rompe los moldes clásicos del metro, olvida la



Dámaso Alonso

rima, quebranta los acentos rítmicos.

Claro que ni toda su poesía, ni su postura ante el mundo, están cargadas de tan alto voltaje de denuncia y desesperanza. En otra parte de su obra se nos presenta un Dámaso que tiembla de emoción ante la enorme y

variada riqueza de la realidad exterior. Y que vacila en Dios y se apoya en Dios.

Y es que una de las características de la obra lírica de Dámaso Alonso es la duda de la religiosidad con afecto a ella. Tan conocedor de los clásicos, no se dirige a Dios con la ternura emocionada de Lope de Vega, sino que lo inquiere, lo suplica, lo busca con la violencia y el desgarrar de Unamuno; como después lo buscarían Blas de Otero y José Luis Hidalgo.

Otra nota que queremos señalar dentro de la poesía de Dámaso Alonso es la irónica. Polifacético espíritu de nuestro poeta que, no conforme con la pasión, la ternura ni la duda religiosa de sus sentimientos, busca en la ironía, como espíritu fino y profundo, una nueva faceta de su creación lírica. Posiblemente sea este rasgo de la ironía propio en exclusiva de los líricos, que tienen siempre abierto un portillo a la inteligencia vitalista, sin perder por ello su lirismo. Es su ironía, pues, fresca, juvenil y tierna.

Por todo lo dicho y, en particular, por la actitud crítica que toma gran parte de su obra ante el mundo, debemos considerar a Dámaso Alonso como miembro de la Generación del 27 y, también, como poeta de la primera generación de la postguerra española.

Joaquín BENITO DE LUCAS

## Re-lecturas

### La obra y su hombre

Cuando un artista crea una obra maestra, lo hace en virtud de la razón suprema del HOMBRE y no de los hombres, por haberlos enfocado y sintetizado universalmente, por haber expresado su ánimo y su yo, tomando naturalmente como símbolo el de "todos". El artista es el depositario de esta razón. Un texto en el que se condensan armoniosa y poéticamente las infinitas posibilidades del crisol que respira el hombre en su Día de la vida, hace arte como expresión de la virtud de esta razón.

En esto, descubrieron treinta o cuarenta molinos de viento que hay en aquel campo, y así como D. Quijote los vio, dijo a su escudero:

—La ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertáramos a desear; porque ves allí, amigo Sancho Panza donde se descubren treinta o pocos más, desafortunados gigantes, con quien pienso hacer batalla y quitarles a todos las vidas, con cuyos despojos comenzaremos a enriquecer; que ésta es una buena guerra, y es gran servicio a Dios quitar la mala simiente de sobre la faz de la tierra.

—¿Qué gigantes? —dijo Sancho Panza.

—Aquellos que ves allí —respondió su amo— de los brazos largos, que los suelen tener algunos de casi dos leguas.

—Mire vuestra merced —respondió Sancho— que aquellos que allí se parecen no son gigantes, sino molinos de viento, y lo

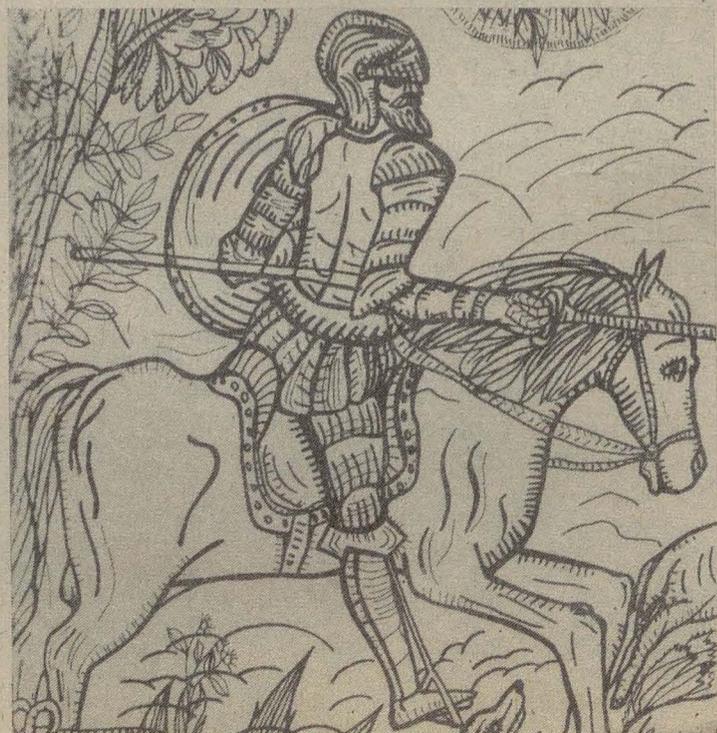
que en ellos parecen brazos, son las aspas, que, volteadas del viento, hacen andar la piedra del molino.

—Bien parece —respondió D. Quijote— que no estás cursado en esto de las aventuras: ellos son gigantes; y si tienes miedo, quítate de ahí, y ponte en oración en el espacio que yo voy a entrar con ellos en fiera y desigual batalla.

Andante, encuestre, espejo de su propia luz, emite D. Quijote

los colores de su canto a su paso. En él todo existe, o realidad imaginada, o como realidad de experiencia funcionalmente estructurable con aquella. Nada está de más ni de menos. No es posible reducir el Quijote a formas puras de literatura, por eso, desdeño todo fácil comentario de la obra ante su solo nombre y fama. Leerlo es emoción vital con la que te regalas.

Juan C. VALERA



Dibujo de Pilar Coomonte

Con la intervención de Carlos de la Rica, Angel Crespo, Antonio Colinas, José Corredor Matheos y Joaquín Benito de Lucas, entre otros

## Primeras jornadas poéticas en Cuenca

Entre los días 31 de julio y 3 de agosto, se celebrarán en la capital conqunense las Primeras Jornadas Poéticas de Cuenca, organizadas por la Delegación Provincial de la Consejería de Educación y Cultura de esa ciudad. También colabora en las mismas el ayuntamiento conqunense y su coordinación ha corrido a cargo del poeta Juan Carlos Valera, estableciéndose, asimismo, una comisión gestora formada por Carlos de la Rica, Enrique Trogal y Manuel San Martín. Los actos programados se celebrarán, a las 12 de la mañana y a las 7 de la tarde de los días indicados, en los bellos e idóneos marcos de la Antigua Iglesia de San Miguel y Museo de Cuenca, respectivamente.

La presentación a las jornadas poéticas la hará el poeta y sacerdote Carlos de la Rica, como prólogo a la conferencia que, bajo el título *Panorámica de la poesía desde la postguerra hasta el año 60*, pronunciará el catedrático y prestigioso poeta y traductor, colaborador de LA

VOZ del Tajo, Angel Crespo. Seguirán, a lo largo de las jornadas, recitales poéticos, conferencias y presentaciones, a cargo de Juan Carlos Valera, Rodolfo Hasler, José del Saz-Orozco, Miguel Galanes, Miguel Ramos, Amador Palacios, Antonio Colinas, César A. Molina, José L. Jiménez Frontín, Luis García Montero, Javier Egea, Federico Gallego Ripoll, José María Parreño, Manuel San Martín y Pilar Gómez Bedate.

El día 2 de agosto, por la mañana, habrá un coloquio sobre *La revista de poesía*, moderado por Fanny Rubio, donde intervendrán representantes de varias publicaciones literarias españolas. Para el último día, el crítico de arte y poeta José Corredor Matheos (alcazareño residente en Barcelona), tiene previsto dictar su conferencia *Relaciones entre la poesía Castellana y Catalana*, siendo presentado por Joaquín Benito de Lucas. La clausura de las jornadas correrá a cargo de Angel Crespo.

## Los folletines de **LA VOZ** del Tajo

# Una pipa de opio

Una pipa de opio, un jardín de senderos que se bifurcan, una alta reflexión, una valiosa minuciosidad, una pieza de orfebrería, una trama subrepticia de muchos quilates, un compás físico y psíquico, la consecuencia reposada de un buen talento, la magia de la cotidianidad, una escultura horizontal, un rítmico trazado de la espiral alucinatoria, un diamante tallado..., esto y más, hasta un largo discurso yuxtapuesto —¿quién sabe si infinito?— se podría decir de "La Abadía del Sueño", de Jesús Pino.

## La abadía del sueño

Yo sí lo recuerdo. Detalladamente. Integramente. Y en esto radica mi tragedia: su totalidad intacta, obscena y abrasiva es obsesivamente inalterable. Perdura refulgente. Sin excusa. Sin armisticio. Devoradora y cruel.

Yo sí lo recuerdo. Y lo recordaré hasta el último instante de mi vida cuando, en visión finiquita, contemple la unidad de mi experiencia en un plano absoluto de memoria. Porque en mí un insecto minúsculo y peludo, al defecar en un estercolero urbanizado con las civilizadas soberbias del consumo, me hubiera penetrado por el tubo anular de la conciencia. Igual. O análogo. O circunstancialmente comparable (La metáfora siempre será aledaña, suburbial).

Lo recuerdo una y otra vez. Sin poder convencerme de su inutilidad. De su asombrosa evidencia superflua. No obstante, pudiera estar diagnosticado con error su carácter jerárquico. Y bien pudiera ser cualquier otra vileza más precisa. Un piojo. Una ladilla. O el roce de una ortiga. Metonimias impuras. Y nada concluyentes. Pero, a ciencia cierta, que desde entonces se identifica como una picazón desagradable y vitalicia... Yo me repito, claro está que en confidencia y suma intimidad: esto es una ladilla, o un piojo o una pulga. Reivindicando un argumento noble y suficiente. Aunque la imprecisión del hecho resulta inaguantable. Otras veces, interpreto que la causa es el fruto de una digestión anómala o la alteración de un incontrolado alimento. O sea, una intoxicación glorificada en pesadilla. E inmediatamente, considero lo absurdo de tales pretensiones al reparar en el constante insomnio de mis noches y mi falta terrible de apetito. Así que vuelvo a mis primeras conclusiones. La invasión del insecto anopluro. Ya sé que es mal método. Pero da resultados compensatorios. Reduciendo al mínimo las posibilidades lógicas y, postulando la real dualidad causa-efecto, concluyo que es perfecta mi inseguridad. Es decir, me descubro nauseabundo. Como le sucediera a Roquentin bajo la circunstancia vegetal de un álamo, de un abeto o un sauce. Adivino la náusea. Re-

cordando. Sólo recordando. Sin pensar. Tan molesto. Tan implacablemente incardinado en ello. Subsumido. Y acaso repugnante. Y sobre todo, sin acertar a definirlo con precisión.

Un malestar continuo. Una infección sutil. Una constante perforación en las paredes del sueño y la consciencia. Obligándome a plantear preguntas y preguntas sobre la extraña terquedad de su devoradora certidumbre. No la pregunta definitiva. Aunque sostengo su oportuna formulación. Como Camus. De la misma forma que considero tal pregunta irremediabilmente abocada a la falta de respuesta. Pero tampoco a la artificiosidad del silencio. La pregunta es sólo una pregunta. Y nada más. Y, sin embargo, no es sólo esto. Al menos, no es a esto la reducción que hacemos cuando, después de defecar, utilizamos una redonda y tersa guijarra para extraer los restos que habrían de incomodar nuestro ininterrumpido callejeo. Comprendo, por lo tanto, la razón de la urgencia ante la magnitud del asco y su insaciable obscenidad de fondo. Lo comprendo. Lo comparto. Y lo asumo. Tantos impregnaciones repugnantes terminarán por precisar un parto de calvicie o una mella profunda en las encías. Desdentados y calvos seremos los ínclitos descubridores de las aguas de colonia, de los papeles higiénicos y los perfumes más urbanos. Aliviaremos con aromas los lares del infierno. Buen olor contra el mal. He aquí la paradoja. Ante la adquisición de los drogueros el sudor del trabajo. Se le empaña con hojas de cerezo. Y mientras, en las playas los sumos sacerdotes inventan tonos ocre y aceitunos para mercadería de la piel. Una maquinación a escala planetaria contra la orfebrería de la naturaleza. No se permite hablar con voluntad de cuerpo. ¡Cuánto saber en la rotunda frase de Neruda!

También lo recuerdo. Sentado en un bacín de plástico escuchaba el ruido amortiguado de mi orina. Evitando cualquier molestia. Esquivando cualquier intromisión impertinente en el artesonado preciosista de la infraestructura rutinaria. Un ruido blondo y espumoso. Tímido, tal vez,



y no obstante acuñado con ráfagas violentas. Todo por no alterar la parsimonia del amor trezado, posiblemente, sobre la alfombra, en el salón azul. Aquel salón donde se decidía sobre la pureza de las costumbres. Y es que al cuerpo sólo se le presta atención cuando se le cuestiona. Más no es esto lo que ahora me importa. Sino que lo recuerdo. Fielmente. Claramente. Porque es algo difícil, imposible, de olvidar. Tanto como el instante en el que descubrí mi condición de ser con pensamiento. Ser viviente en mecanismo de registro reflexivo. Descubrimiento en soledad. Como tantos otros. La muchedumbre acompañante suele ocluir los agujeros de lo más sublime. Con ella es imposible un éxtasis fecundo. Se desea la soledad. Y se huye. Al Water Gloss. Un ámbito cifrado por la W. y la C. (Antes del desarrollo, retrete). Y en la asepsia del vértigo nos encontramos sin el temor a intromisión alguna. Sin embargo, yo descubrí, en un paseo nocturno, mi desolada falsedad. Era una noche cálida y serena de un verano.

Había estrellas en el cielo y yo caminaba entre una doble fila de acacias y moreras. El aire olía a parva de cebada. De súbito me contemplé pensando y constatando la siniestra realidad del borde del futuro. Como si hubiera sido desterrado del paraíso descubrí mi muerte. No la muerte. La mía. La más aterradora de entre todas las muertes.

También lo recuerdo. Se pueden olvidar todas las muertes pero nunca se olvida la propia. Esa es algo tan personal e intransferible como la vida. Tan querida como ella. Aunque menos ostentosa y, a decir verdad, un poco más rústica y desaliñada... No. Tampoco es de la muerte de lo que quiero hablar. Creo que nunca sabré que quiero decir definitivamente. Divago. Divago inmerso en la circunscripción de un espiral. Divago hasta caer y golpearme furiosamente contra el centro. Y allí confluyo con violencia. Como un telegrama. Dos o tres frases. Muy concreto. Exactamente digo lo que quiero decir. Más tarde me arrepiento. Me avergüenzo y me remuerde la simpleza. Rectifico. Traduzco el telegrama en un folleto explicativo. Un párrafo interminable. Un libro. O una enciclopedia. Anegada de recuerdos ordenados y limpios. Distintos a los que me subsumen. Y después quisiera morir. Luego advierto que la muerte no deja ningún recuerdo. Así que me quedo. Me quedo entre los vivos y me escondo. No sé de qué ni de quién. Pero me escondo porque antes quiero terminar el prólogo del prólogo. Y dura tanto como el contexto del texto. Incluso sospenchando su destino en los escaparates de un mueblebar, prosigo su andadura. Y otra vez, me hago cargo, admito que he perdido la sintonía, el curso del discurso. Supongo que no podemos percibirlo todo con absoluta claridad. Alumbra una luz tan débil... Es un lunes gris de Mayo. Desde un magnetófono Grundig emite una voz. Mi voz mientras escribo. Tengo conciencia del hecho. Grabo mi memoria retomando el argumento inicial. Es significativo. Los detalles son los fundamentales matices de la verdad. Allí cada cual con sus picores.

Yo llegué al reino y huía cada sábado. Mi novedad era una anomalía. Traté de

convencerme. Delante del espejo, en el agua, en el metal de las sombras solares, lo repetiría continuamente. Obsesivamente. Huía y regresaba. Escapaba de la nocturna distorsión, de su ofensiva razón normalizante. Eso es lo que recuerdo. Una huída inconclusa, interrogada. ¿Por qué, por qué, por qué? Nadie parecía conocer una respuesta. Una tan sólo. Nuestra insignificancia radicaba en nuestra novedad. Nuestra presencia estaba subordinada a la obligación. Estábamos para alimentar el deber. Algo ridículo y maligno. No diabólico. Grotescamente indigno y abusivo. Refugiado en un pequeño cuarto cuadrado, óseo-amarillento, pasé semanas, meses, años. Justificándome. Tendido asintóticamente hacia una verdad invertebrada, escurridiza, amarga. Repasaba manuales buscando la seriedad de alguna certeza inútilmente. Sthendal. Unamuno. Dostoyesky. Tolstoy. Goethe. Machado. Entretenidos en descubrir sus muertes callaron a mis voces. Injustos trataron de acoplar el Gran Principio a las minúsculas verdades relativas. A las incongruentes visiones personales. Pesados fraudes sobre mi timidez. Abalorios contra mi soledad y mi ridículo sofoco. Y al final descubrí que todo era infinitamente más simple. Como defecar en campo abierto y andar el resto del día incómodo. Rozado entre las piernas. Igual que un cerdo. A pesar de toda nuestra milenaria vanidad de costumbres. Entonces no lo entendí. Tal como ahora. Quizá nunca lo haya entendido. Y no obstante, lo recuerdo. Con una terquedad insoportablemente lúcida. Adherido a mi memoria he rescatado aquella circunstancia de forma inevitable. Un sentimiento impreciso, tozudo, hiriente y deleznable. Igual que una eterna ladilla despierta y sonriente en lo íntimo de la conciencia. Perseguido mientras desciendo a los estercoleros del infierno con los pantalones presos en las rodillas, encogido, buscando la abertura de un cubo compasivo. Interminable pesadumbre en el reino del mal. Sofocante y brutal. Compacidad espesa del recuerdo. Hasta la rendición final. Hasta la saciedad de lo conforme. Despojándome de mí, poco a poco. Enajenándome hasta la duda cartesiana.

No tuve solución. Acudí a la memoria articulando lo más horrible del suceso. Y resolví su imprecisión al afirmar que todo el malestar proviene de una arista de vidrio inoportuna. Algo imposible pero abierto a dar respuesta a tanta circunvalación verbal. Así es lo que recuerdo. Al menos es lo que he soñado, convencido.

Jesús PINO

(viene de pág. 1)

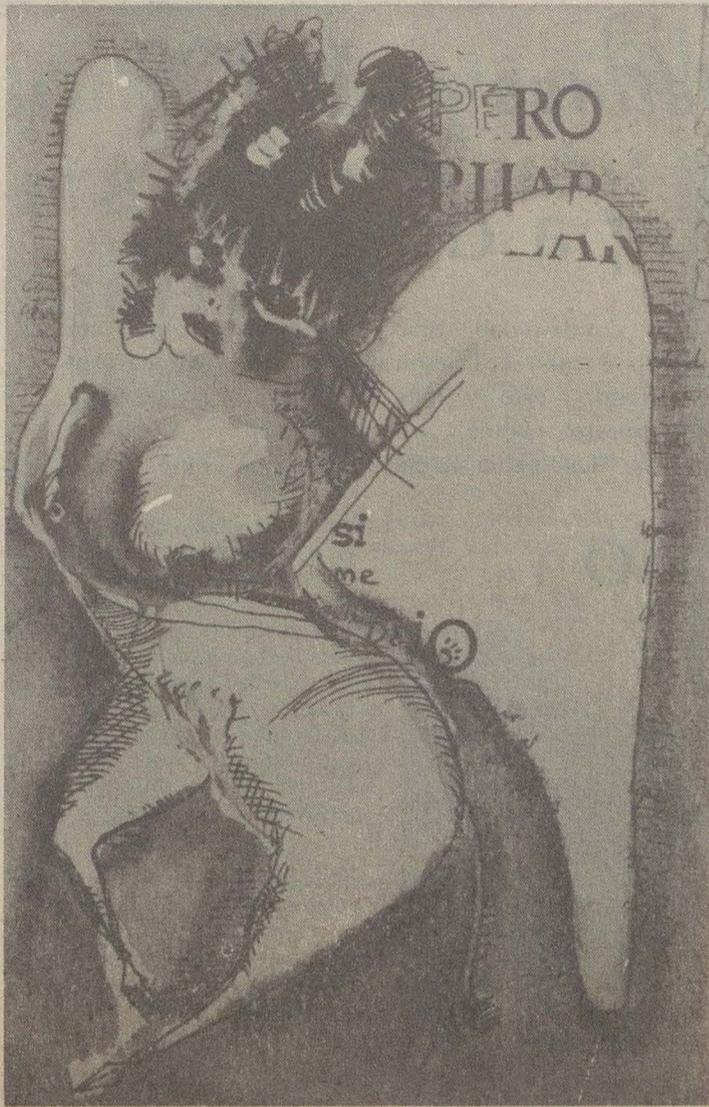
L.V.T.— ¿En qué momento está la cultura y el arte en nuestra región?

A.V.— La verdad, no conozco a muchos artistas de la región. Lo importante es que se pinte. El hacer generación o patria, es lo de menos, al final siempre hay una clasificación. Lo verdadero es la trayectoria individual. El hacer abstracción o figuración, no tiene ninguna relevancia. Todo lo establecido es un "mal rollo". Para lo que vale la Administración es para controlar el pago de las facturas. Hay que reconocer, sin embargo, que el presupuesto de un ministerio sirve de mucho para montar grandes y lucidas exposiciones. Además, yo tengo un gran respeto por lo personal, que llega hasta tomar en consideración al que hace cualquier pintor.

L.V.T.— ¿Te ayuda la mística manchega para la realización de tu obra? ¿Hasta qué punto participa esta mística en tu creación?

ANTES PINTABA PAISAJES, AHORA SOLO LOS RESPETO

A.V.— Vivo aquí, y todo el entorno tiene que influir en mí, y, por suerte o por desgracia, tengo que plasmar todas las impresiones de mi alrededor. La verdad es que no me siento muy ligado a Alcázar, aunque mi opinión, con respecto a esto, peque de inseguridad. Antes pintaba paisajes; ahora, solo los respeto. Si un día entro en crisis conmigo



Pero, Pilar, sí me dejo

mismo, volveré al paisaje, como a un bálsamo. Claro que tienen interés estos paisajes, tengo que reconocer.

L.V.T.— ¿Cómo es el momento cultural en Alcázar?

A.V.— Yo estoy marginado, automarginado del tinglado cultural de este pueblo. Creo que se hacen cosas por hacer, que no se pone el suficiente entusiasmo y, a la postre, se cubre el expediente. Siempre acabo diciéndome que el camino personal es lo que tiene más valía y que uno maneja siempre el cotarro: entiéndase.

L.V.T.— Cuenta a los lectores de este suplemento los pequeños secretos en tu forma de pintar.

A.V.— Pinto en cualquier parte. Las mezclas las hago en cualquier sitio, en un trozo de cartón o donde sea. No utilizo el caballete. Suelo apoyar los cuadros en la pared o en una silla. Me entiendo mucho mejor cuando todo está desordenado. Soy nervioso y no suelo hacer bocetos, voy directamente a la pintura. En verano pinto en calzoncillos. No me importa trabajar con luz artificial; normalmente, lo suelo hacer por la noche. Las telas las preparo yo, adquiriendo un lienzo crudo; y convirtiendo las texturas que deseo. Me ocurre lo mismo con los óleos, casi nunca compro tubos, parto de los pigmentos. Suelo trabajar las técnicas mixtas y utilizo todo tipo de materiales.

L.V.T.— ¿Cuáles son los maestros de Angel Vaquero?

A.V.— No he tenido maestros determinados, pero no soy auto-

didacta, palabra que me cae mal. Creo que tengo bastante información, pero muy dispersa, cogida de aquí y allá; nunca me he decantado por ningún pintor especial. Me agrada ver pintura. Por otra parte, no me relaciono con ningún pintor consagrado. De todas formas, me gustaría que hubiese talleres. A una edad, la asistencia a un taller y el contacto con un artista experimentado, viene muy bien. Por ejemplo, a mí no me gusta mucho la estética de Juan de Avalos, pero me hubiera valido mucho haber estado trabajando en su equipo hasta una edad determinada.

Amador PALACIOS  
Foto: Manuel BARRILER

## LA MUJER BARBUDA

Dirige:

José Antonio Casado

Coordina:

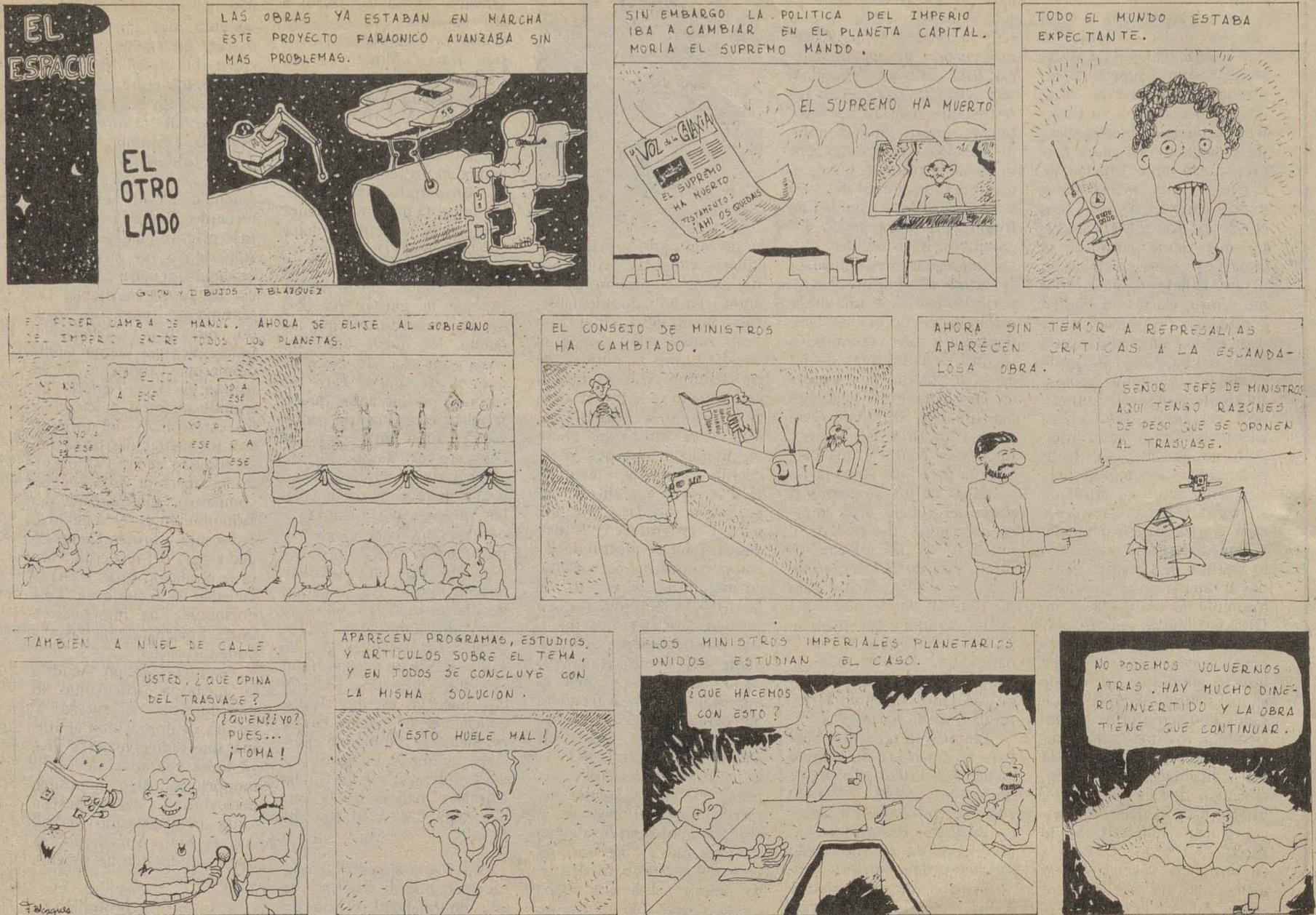
Damián Villegas y

Amador Palacios

Diseño de Cabecera:

Aula de Publicidad de la Escuela de Artes de Toledo

Correspondencia: Redacción de Toledo de La Voz del Tajo, Barrio Rey, 9



(CONTINUARA)